

Que estas en los cielos: juez y padre, que estás en los cielos, tan apartado de las pasiones de la tierra, no acobarda tu enojo contra mis ofensas el arrepentimiento con que te llamo desde encima de la tierra, cuando voy debajo della, para que me lleves al cielo, donde estás; pues la casa del padre es nido de los hijos; aunque se huyan, se vuelven: lo que yo hago con más vergüenza que aquel perdido, pues en mis pecados y abominaciones he guardado peores y más bajas bestias que él.

Alegróse con el (1) pródigo el padre que estaba en la tierra; más te alegrarás tú, Padre, que estás en el cielo, con el (2) pródigo de vicios, con el miserable de virtudes.

SANTIFICADO SEA (3) TU NOMBRE.

Si me castigas, Señor, santificado sea tu nombre de justo juez en mis tormentos; si me perdonas, el de misericordioso en mi descanso; si me acoges, el de padre en mi refugio; si me consuelas, el de consolador en mi gozo; si me quebrantas, el de vengador en mis penas; que yo, Señor, no puedo, aunque lo rehuse, dejar de dar gloria y santificación á tu nombre, pues la que no te diere (salvándome) en el cielo (como espero de tí por tí) á tu clemencia, le daré condenado, á tu justicia, lo que temo. Por que, aunque yo he ofendido todos tus nombres y no los he santificado, para desenojarlos me acojo al de Padre, que tú me mandaste decir cuando algo quisiese alcanzar.

VENGA Á NOS TU REINO.

Señor, ¡qué misericordia no usas con los hombres; pues siendo nuestro bien y nuestra obligación ir nosotros á tu reino,—viendo que huimos dél, humillas la majestad del imperio inmortal tuyo; y porque no carezcamos de tu reino, nos mandas que podamos decirte que le invias á nosotros, que no queremos ir á él; andando en busca nuestra y rogándonos tu misericordia con su reino, que despreciamos por nuestra cárcel!

Más elocuente que ladron era Dímas, y también sabia pedir como hurtar, y con más dicha. El no dijo: «Venega á mi tu reino;» sino: «Cuando estés en tu reino acuérdate de mí, Señor.» Por eso oyó: «Hoy serás conmigo en el paraíso.»

Yo, que no soy tan bueno como él, no me atrevo á decir que te acuerdes de mí en tu reino, sino que venga á mí, para que yo entre en él.

HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

¡Qué mal he (4) repartido mis obras con tu voluntad y la mía! Todo el espacio de mis años he dicho que se haga mi voluntad, y la he hecho, y solo este breve instante de mi muerte digo que se haga la tuya. Con todo, Señor, pues mi voluntad siempre ha sido de pecar y perderme, y la tuya de darme perdon y salvarme, en pedir que se haga tu voluntad pido mi remedio y mi perdon. Hágase, Señor, así en la tierra, que soy yo, como en el cielo, donde tú, eterno y clemente padre, estás.

(1 y 2) prodigio (V.)
(3) EL TU NOMBRE. (Id.)
(4) repetido (Id.)

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA (5) DÁNOSLO HOY.

Cierto es que tú, todopoderoso, que nos das tu pan, y no solo nos le das sino que en pan te das á nosotros, que nos darás, siendo tus hijos, el pan nuestro de cada dia. Yo te le pido hoy; dame, Señor, aquel alimento de que necesitan los descaecimientos de mi espíritu. No te pido de aquel pan por quien tu dijiste: «No en solo pan vive el hombre,» sino de aquel pan hombre y Dios, en que solamente se puede vivir, por ser pan vivo y pan de vida, que descendió del cielo.

PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES.

Señor, antes que incurramos en el rigor desta cláusula y pidamos contra nosotros mismos, digamos, Señor, delante de vuestra presencia y para mi remedio: Yo perdono de todo corazón á todos mis enemigos todo lo que les puedo y debo perdonar, y les pido perdon á ellos de no haberlo hecho antes, y á tí de no haberte obedecido hasta ahora. Y en virtud deste perdon y alegrándole á tu clemencia, en virtud de tus promesas, te pido que me perdones á mí, pues yo he perdonado á (6) los que fueron mis deudores.

Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACION.

Y pues, Señor, contra tus mandamientos, yo me he arrojado y despeñado en tantas tentaciones y sé de mí que me he de hacer caer en ellas, como padre que estás en los cielos, aunque yo me deje caer en tentaciones por mi flaqueza, no me dejes tú caer en ellas por tu bondad.

Y LÍBRANOS DE MAL.

Yo me confieso esclavo y prisionero del mal, á quien me entregué de mi propio albedrío. Tú eres mi redentor; líbrame del mal que yo escogí por dueño, de quien sin tí no puedo librarme y por quien te dejé á tí, que eres sumo bien.

Señor, yo te he pedido á tí, que eres mi padre, lo que tú me mandaste que te pidiese, con las mismas palabras que tú dijiste. Oyeme en tí propio, mírame en la cara de Jesucristo, y aparta de mis pecados tu cara. En tus manos encomiendo mi espíritu, pues tus manos me hicieron. Yo, delincuente más que el ladron, te pido que, pues estás en tu reino, te acuerdes de mí, como él te pidió que te acordases dél cuando (7) estuvieses. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Las llagas de los clavos que están en ellas te dirán que son efectos del amor con que padeciste por mí, y en ellas verás lo que de tu pasión se pierde, si recibiendo mi alma en ellas, no la defiendes. Y por tus méritos y la intercesión de tu Santísima Madre, que invoco y en cuya abogacía me afirmo, (8) me has partícipe de tu misericordia en el descanso de los escogidos, para que siempre te (9) alabe.

(5) DÁNOSLE (S.)
(6) todos los que (Id.)
(7) en él estuvieses (Id.)
(8) me haga (B. F.)—no me haces (D. V. A.)
(9) alaben. FIN. (V.)—alabe. FIN. (D.)—... Fin de la cuna y sepultura. (A.)—... Fin de la Doctrina para morir. (B. F.)

FIN DE LA CUNA Y LA SEPULTURA.

LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO,

Y

LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA.

POR

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, SEÑOR DE LA VILLA DE LA TORRE DE JUAN ABAD (a).

VIRTUD MILITANTE

CONTRA LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO.

(1) INVIDIA. (b)

La Iglesia católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos santos padres y doctores, que no tenemos ocasión de mendigar enseñanza de los filósofos; mejor y más segura escuela es la de los santos. Agudísimo y admirablemente docto fué Séneca; su estilo, con la brevedad de las sentencias, tiene obras de es-

(a) Vulgarmente conócense estos discursos bajo el nombre de *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo*.

Como todas las obras póstumas de DON FRANCISCO, fué publicada con poco esmero, é inventado por el editor el frontis, sustituyendo un título de propio capricho al que su autor quiso darle.

Hé aquí el de la primera edición, tal como lo borrajó el mercader de libros Roberto Dupont, que tuvo empeño siempre en adelantarse á publicar obras desconocidas de tan feliz ingenio:

Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo, envidia, ingratitude, soberbia y avaricia; con las cuatro fantasmas, desprecio de la muerte, vida, pobreza y enfermedad.

El mismo librero, sin embargo, en la dedicatoria que dirigió al fiscal de la órden de Santiago, don Gregorio de Tapia y Salcedo, confiesa que con el rótulo de *Las cuatro pestes y las cuatro fantasmas del mundo* llegó á sus manos este rasgo filosófico-cristiano, uno de los mejores frutos del ingenio y recto corazón de QUEVEDO. Yo, con semejante dato irrecusable, no vacilé en restaurar el título de la obra, procurando acercarme al que nuestro autor debió de haber imaginado. La cual, escrita durante los años de 1633 y 1636, en dos partes se divide, encaminándose la primera á estudiar y remediar las *cuatro pestes del mundo*, á saber, *envidia, ingratitude, soberbia y avaricia*; y procurando la otra desvanecer las *cuatro fantasmas de la vida*, que son *muerte, pobreza, desprecio y enfermedad*.

Ignoro por qué el autor no dió á luz tan precioso libro. Salió por vez primera en julio de 1631, y parece que no entró en colección hasta la de Madrid de 1638.

Tanto en ella como en la edición primera de 1631 imprimiéndose

trecho, que ciñe en pequeños espacios corrientes de profundos mares de ciencia. Empero todas estas dignidades de espíritu sublime, que fulmina con las razones, que hace hablar cada letra de por sí, se lee aventajado en san Pedro Crisólogo. Por esto yo, que quiero enriquecer mi discurso con el oro de sus palabras, y

al fin de la *Virtud militante*, y es su natural y legitima conclusion, el *Afecto fervoroso del alma agonizante con las siete palabras que dijo Cristo en la cruz*. Don Nicolás Antonio creyó con harta ligereza que este rasgo piadoso permaneció inédito hasta 1660, en que supone le dió á conocer Foppens incluyéndole en su colección de Brusélas.

Cuatro ejemplares he tenido á la vista para fijar mi texto, y sus variantes van en esta forma señaladas:

Z. La edición príncipe, de Zaragoza de 1631.

B. La colección de Madrid, por La Bastida, de 1638.

F. La de Brusélas, hecha por Foppens, en 1670.

S. La de Madrid de 1790, por Sancha.

En todas hay tal cual sustitucion acertada y muchos descuidos y yerros necesitados de enmienda.

(1) Envidia. (B. F. S.)

(b) Escribió este discurso y el de la *Ingratitude* QUEVEDO en el otoño de 1633, sin duda con ocasión de la guerra á muerte que alevosamente le declararon el padre Niseno, Montalvan y Pacheco de Narvaez, en union de otros cuatro escritores menudos y envidiosos. Como el fin de ellos era desencadenar las bajas y viles pasiones del vulgo, concitando la animadversión pública y el rigor de los tribunales de justicia y del Santo Oficio contra el escritor satirico y desenfadado, valiéndose de todo género de malas artes;—por ello tuvo DON FRANCISCO que seguir en su *Virtud militante* un rumbo enteramente distinto, triunfando de sus enemigos con la fuerza de la verdad y del raciocinio, y con la doctrina de los santos y de los filósofos.

para escribir en buena moneda, empezaré con las que predicó en el sermón cuarto del hijo pródigo: «La invidia es mal antiguo, primera mancha, anciana ponzoña, veneno de los siglos. Esta en el principio echó y derribó al ángel del cielo. Esta desterró del paraíso á nuestro primero padre. Esta arrojó de la casa paterna este hijo primogénito. Esta á la progenie de Abrahán, al pueblo escogido, armó para la muerte de su autor y de su salvador. La invidia es enemigo doméstico; no hate los muros de la carne, no conquista las fortificaciones de los miembros; solo combate las alcázaras del corazón, y antes que las entrañas lo sientan, captiva y lleva en prisión la misma alma, señora del cuerpo.»

Aquí está la invidia definida, aquí ejemplificada; aquí se descubre su intento, se nombran sus armas; se dan sus señas. Su linaje es el más antiguo de todos los vicios; mas no por eso adquiere nobleza. Antes nació que el mundo, para que hubiese quien destruyese el mundo en naciendo.

La invidia fué vientre de los pecados, el pecado fué parto primogénito de la invidia. Adelantóse el ángel al hombre en este parto; sucedió al ángel el hombre. El bien fué primero que la invidia, porque es tan mala, que solo aguardó á tener buena madre para ser ruin hija. Si el bien la hizo mala, ¿quién la hará buena? Ella hizo ascuas del infierno las luces del sol: persuadió á los serafines á ser demonios; hizo que perdiesen las sillas de (1) gloria, y luego que el mundo fué recién nacido, procuró que el hombre no las poblase. Dilatólo en Adán; osó estorbarlo en Cristo con el sueño de la mujer de Pilátos, que procuraba excusar en su muerte el medio de aquella restauración. ¿Qué no ha intentado la invidia? En el cielo y en la tierra ¿qué ruina no se escribe debajo de su nombre? Por eso la llama nuestro santo «veneno de los siglos». Ella atosiga todas las edades; ella es inducida de muertes. El propio santo en el mismo sermón lo dice: «¡Oh hinchazón de la invidia! ¡En una casa grande no caben dos hermanos! Hizo la invidia que toda la latitud del mundo fuese angosta para dos hermanos; pues ella incitó á Caín para que diese la muerte al que era menor, para que hiciese solo la malicia invidiosa al que la ley de la naturaleza hizo primero.» Ella derribó al ángel, sedujo á Adán, hizo á Caín fratricida, y dió la muerte á Abel, cuya sangre fue la primera mancha de la tierra; y por esto la llama san Pedro Crisólogo primera mancha de enfermedad, que se introdujo en la salud de los ángeles, que estrenó al primer padre y al primer hijo. ¿Cuál descendiente presumirá, rodeado de cuerpo, asegurarse della? Y si en el cielo ya no puede entrar, de la tierra, por el pecado que introdujo, ya no puede salir. Fué causa del pecado, y es su castigo. Conócese la vileza de la invidia en que no hay invidioso tan vil, en quien no halle otro invidioso que invidiar. De nada tiene asco, pues de sí no le tiene.

No solo se invidian los bienes, sino los males; no solo las honras, sino las afrentas; no solo la prosperidad, sino la miseria. Tanto siente el invidioso que otro tenga poco mal como mucho bien, poca afrenta como mucha honra, poca miseria como mucha prosperidad. Grande invidia anda desconocida en los palacios con

(1) la gloria; (S.)

nombre de alabanza, con rebozo de respeto; en los tribunales con nombre de interpretación y de medio; mucha en las amistades con traje de celo; mucha en los padres con semblante de gobierno; mucha en los hijos en figura de obediencia. El hombre, ó ha de ser invidioso ó invidiado, y los más son invidiados y invidiosos; y al que no fuera invidioso, cuando no tenga otra cosa que le invidien, le invidiarán el no serlo. Quien no quiere ser invidiado, no quiere ser hombre; y quien es invidioso, no merece serlo. El invidioso es adúltero de los bienes, pues deja los propios por los ajenos.

Los que más se quejan porque los invidian, son los que siempre están haciendo porque los invidien. Quejense de lo que hacen; en esto se verá la calidad de lo que hacen. Muchos blasonan con vanidad de tener muchos invidiosos, y estos son los peores invidiosos de sí mismos. De la invidia los que más frecuentemente se quejan son los propios invidiosos; y con razón (2) ellos solos se deben quejar della, pues solo para ellos es mala, si bien para todos es peligrosa la invidia. Atormenta al que la tiene, y canoniza al bueno que la padece. Virtud invidiada es dos veces virtud.

La invidia está flaca porque muerde y no come. Sucédela lo que al perro que rabia. No hay cosa buena en que no hincue sus dientes, y ninguna cosa buena la entra de los dientes adentro. No hay invidioso que confiese que lo es, y que no se queje de que lo invidian. No quiere ser lo que es, y quiere que los otros sean lo que no son.

Ninguno invidia en otro la virtud; proposición que sacaré de paradoja, mostrando la verdad manifiesta. Invidian al virtuoso, no la virtud: invidianle la alabanza que le dan, la paz de que goza, el crédito que tiene, el respeto que le tienen. Invidian riquezas y hermosura; mas ninguno invidia al mar los tesoros que anega, ni á los montes los que sepultan, ni al sol la belleza que derrama, ni á las estrellas la que centellean. Empero no es moderación ni modestia de la invidia el no invidiar su hermosura al día y sus tesoros al Oceano, cuando invidia remedos desaliñados de belleza en otro, y átomos de oro en un mendigo. No es (como dije) moderación sino malicia, pues solo no los invidian porque los montes, el sol y los mares son cosas que no pueden afligirse de que los invidien.

Muchos hombres hay invidiados de otros, y muchos que invidian á otros, y muchos más que se invidian á sí mismos. Parece esta invidia nuevamente hallada, y es la más antigua. No la vemos, porque está en nosotros. Dime, hombre, que extrañas esta doctrina, ¿qué instante vives sin que los apetitos del cuerpo no te invidien las virtudes del alma, los gustos de la tierra los gozos del cielo, los pecados de tu flaqueza los méritos de tu espíritu? Según esto, tú propio en tí solo eres invidiado y invidioso. El Apóstol dijo que el espíritu militaba contra la carne, y la carne contra el espíritu. Luego tú, que eres compuesto destas dos cosas, eres una perpétua milicia, y tu combate continuo (3): campo de batalla eres dichoso, si en tí vence la mejor parte.

(2) estos (S.)

(3) campo de batalla. Eres (Iz.)

Poco he dicho en decir que el hombre es invidioso de sí mismo: oso (1) afirmar que todo el hombre está compuesto de invidias. No tiene el hombre sentido que no invidie á los otros sentidos; no tiene miembro que no sea invidiado de los otros miembros. No nos detengamos en lo material del cuerpo: no tiene potencia que no invidie á las otras potencias. Yo lo verificaré por su órden.

¿Quién encarecerá la invidia que tienen los ojos, y la vista del lujurioso á los demás sentidos: pecado indigno solamente de sentido diáfano y resplandeciente, que en el cuerpo humano con la luz parece que solo desmiente la ceniza y el polvo mortal; que en la noche de nuestra corrupción tiene presunciones de cielo; que en tanta tiniebla de tierra hace oficio de día; que por su belleza parece más de casta de alma que de cuerpo? ¡Oh, cuán indigna mancha es la invidia en tan noble parte, que por su esplendor más parece constelación que sentido, en quien parece que juntamente se ve el alma cuando con él ve el cuerpo! Consideremos sus (2) distraimientos en el lujurioso. Por satisfacer este á sus ojos disipa su patrimonio á los demás sentidos; no se viste, por ataviar su pecado; no come, por alimentar su perdición; no oye su enmienda y su remedio, por atender á su desvarío; no toca ni trata lo que le habia de guiar, y gasta su tacto en lo que le atormenta y despeña. No tiene olfato para la hediondez de su culpa: todos sus sentidos despoja y pone en esclavitud la invidia desordenada de sus ojos.

Pues considera el oído, que en la eminencia del edificio del hombre tiene su órgano, compitiendo el sitio á los (3) ojos; en la cabeza, palacio; en la corte del discurso racional, camino retorcido y paso al comercio del entendimiento; locutorio angosto, en las clausuras del alma retirada. Mira en el vano y presumido, con cuánta invidia tiraniza sus legítimas á los demás sentidos. Atiende al (4) ambicioso y vano, y verás que porque sus oídos, glotonos de alabanzas, lisonjas y adulaciones, se embriaguen en un ahito perpétuo desta vianda contra los ojos, no puede ver sino al cauteloso que lo lisonjea, (5) al astuto que lo adula, al mentiroso que lo alaba; que para pagar mentiras y falsos testimonios se empobrece y desnuda; que por dar de comer al que lo engaña y desvanece, no come; que gasta lo que tiene porque le digan lo que no tiene; que porque le digan que es lo que él sabe que no es, y lo que el que se lo dice sabe que no quiere ser, deja de ser lo que es y lo que debía ser. Este no ve lo que mira; este no huele en la vanidad de la adulación el humo del engaño; este en la golosina de la lisonja no gusta el acibar del peligro; este en lo blando de la mentira no toca lo áspero de la perdición; hace que la vista y el gusto y el olfato y el tacto sirvan violentamente á la invidia del oído.

Si esto osas considerar en los príncipes, colmarás de congojas tu consideración. No hay en la univer-

(1) á afirmar (Z. B.)

(2) distraimientos. Por satisfacer (S.)

(3) ojos, en la cabeza palacio, en la corte del discurso racional. Camino (Z. B. F.)—ojos en la cabeza: palacio en la corte del discurso racional; camino (S.)

(4) ambicioso, y verás (S.)

(5) astuto, que lo adula; (Z. B. F.)

sidad del mundo cosa peor (6) habitada y ahitada, y peor asistida que la oreja del príncipe; no la Libia, con sus venenos animados; no la Tesalia, con sus yerbas, milicia de la muerte; no el Africa, con el horror de sus fieras. Estos en los desiertos y las montañas tienen ociosa su malicia, sin ejercicio su muerte, sin culpa su veneno. Advierte, empero, que todo el tráfago de los soberbios, de los invidiosos, de los tiranos, de los impíos, de los crueles, de los hipócritas, no sale de la oreja del príncipe; que cuando por su bondad no la inficionan, la embarazan, la dificultan y hacen temerosa con grande riesgo del monarca; pues si bien le es fácil no dejar que todos pasen de su oído, casi le es imposible echarlos de su oído á todos. Poco caso hace la maña de los que sitian las coronas, de la libertad y desembarazo de sus ojos, del desahogo de su olfato, del apetito de su boca, del ejercicio de sus manos. Déjanle estos cuatro sentidos desembarazados, porque embarazado en estos, les deje desembarazada la oreja. Y si se ha de decir todo, su invidia no le deja algun sentido, pues por ella le cierran los ojos, le usurpan el gusto, le estragan el olfato y le atan las manos.

La propia invidia se verifica en el gusto de la boca del gloton, no menos vil, y más bestial y asquerosa. Este se bebe la vista, se come sus manos, se traga sus vestidos y su patrimonio. No come para vivir, vive para comer, y muere porque come, y las más veces comiendo. Nació para consumir las cosechas, para agotar las vendimias. Este embriaga su olfato, aprisiona sus piés y sus manos con la gota vengadora de los brándis; restituye en lágrimas vergonzosas por los ojos las hodegas que enjuga.

La misma invidia (7) no menos difamados tiene á los demás sentidos: el tacto, en las manos del jugador, del homicida; el olfato, en el afeminadamente delicioso, que afecta disimular la corrupción de su cuerpo y quiere más oler á carbon disimulado en aromas y á embelecios del cerebro distilados en aguas, y á vómito precioso del más fiero monstruo del mar, que á hombre, sin ver que presto olerá mal á los hombres, y que (8) despoja los demás sentidos, por presumir de una mentira, que en tanto que los demás tuvieren olfato, no puede ser verdad ni desconocida. Dime, hombre, ¿qué día no padecen por esta razón unos sentidos tuyos invidia de los otros, ó uno de todos, ó todos de uno? No tiene esta disensión medicina, si no los haces (9) servir á todos en la obediencia de la ley de Dios, que entonces considerados, cada uno asiste al otro, y todos á tí.

Llegado hemos á la invidia sediciosa que amotina todos tus miembros, unos contra otros, en discordia rebelde. Mira en la invidia de tu cabello (que por espléndido que sea, no puede disculparse de excremento), el cuidado en que pone á tu cabeza la presunción con que está encima della, el trabajo que da á tus manos su composición (10) y aliño. Nota en los afanes que los caprichos de tu cabeza ponen á tus ojos, á tu boca, á tus manos y á tus piés. ¡Cuántas peregrinaciones debe la curiosidad de tus ojos á tus pasos, cuántos riesgos

(6) abatida (B. S.)

(7) no menos difamada tiene (Z. B. F.)

(8) despojados de mas (B.) — despojados los (S.)

(9) á servir todos (S.)

(10) ó aliño. (B. S.)

debe tu cabeza á los pasos de tus piés, cuántos peligros todo tu cuerpo á las palabras de tu boca, cuántas enfermedades á tu estómago las demasías de tu garganta, cuántos temblores y sustos á tu corazón el arrojamiento de tus manos! Si eres gloton, andas desnudo por comer; si eres galán, no comes por vestirte; si eres soberbio, no hay miembro que no aventures por vengarte ó por despreciar á los otros; si eres jugador, tus manos te disipan todo; si lujurioso, tus ojos. Segun esto, tú eres una poblacion de invidias, que vives y padeces.

Hasta aquí no pasa de la corteza la invidia; yo te la hallaré en lo más interior, habitando las potencias de tu alma, que son memoria, entendimiento y voluntad. Esta invidia es eterna y (1) facinorosa contra la salvacion. Prevente.

No solamente estas potencias son invidiosas unas de otras, sino de sí mismas. La memoria de lo que es un hombre, y no de lo que no era ni de lo que dejará de ser, más es olvido que memoria. San Pedro Crisólogo acusa gravemente la invidia desta memoria, que se hace olvido y la llama causa del mayor desatino del alma en el sermón: «Hombre, (2) tú no te viste cuando Dios te amasaba polvo; pues si te vieras hacer, no lloraras verte morir. Vístete perfecto, vístete viviente, vístete hermoso, semejante á tu autor te viste. No sabias de qué eras, cuál eras, porque ni te viste nacer ni morir. Por esto á la naturaleza lo diste todo, á tí mismo á tí, á Dios nada.» ¿Ves la invidia de tu memoria en (3) no querer acordarte de lo que oyó para tu remedio, sabiendo que tus ojos no lo pudieron ver? Nota para tu desengaño cuántas invidias amontonó con la suya: invidió á la naturaleza, con dársele todo, los premios de la gracia; invidióte los premios de la gloria, con hacer que te diesses tú á tí mismo, pues por estas dádivas descaminadas quedaste pobre de tí para dar á Dios algo, á quien te debias todo; invidió á tu entendimiento el reconocerse, y á tu voluntad el elegir lo mejor.

La propia invidia se tiene el entendimiento á sí propio muchas veces; cuando se da por desentendido de lo que solo debía entender, cuando asiste á las noticias pasadas, con que la memoria lo divierte, y no á los escarmientos y advertencia con que le amonesta; cuando gasta su atencion el entendimiento en lo que sucedió, para ostentarse erudito, y no en las causas por qué sucedió, y para qué, con que pudiera ser acertado; cuando quiere más ser docto que aprovechado. Entendimiento que se detiene solamente en la narracion de la memoria, más se muestra memoria que entendimiento; esta, invidia es que tiene al oficio de la memoria. Entendimiento que no entiende sino lo que quiere entender, y no lo que debe, antes es voluntad que entendimiento: el confiesa la invidia que tiene al ministerio de la voluntad.

La voluntad con más encarecido perdimiento se invidia á sí y á las otras potencias: ella con su culpa es culpa y pena de las demás. No la excusa el querer el mal, debajo de razon de bien, despues que la ley evangélica con sus preceptos quitó al bien el rebozo del mal. Dejar el bien que está encima del mal, y buscar el mal

(1) facinorosa (constantemente la edicion de Sancho.)
(2) dice, (S.)
(3) querer (Id.)

que yace debajo del bien, es delito y rodeo. No es bien perfecto el que sirve de máscara al mal. Bien que anda con malas compañías, á nadie acompañará bien. No es bien el mal que parece bien, antes es mal hipócrita, que para ser peor añade el ser hipócrita al ser mal. Por la razon que la voluntad debe huir del mal que parece bien, ha de seguir el bien que parece mal. Todo lo hace al revés la voluntad cuando está doliente de invidia, pues con ella se hace (4) de las otras dos potencias. A la memoria la convierte en voluntad cuantas veces se acuerda de solo lo que quiere y se olvida de lo que no quiere acordarse, y al entendimiento siempre que entiende lo que quiere y ignora lo que debe querer. En ella está el acierto del entendimiento. David lo dijo en el salmo primero cuando trató del varon justo y del impío, cuando hablando de la voluntad del varon bienaventurado, dice: «Y en la ley del Señor su voluntad, y en su ley meditará de día y de noche.» ¿Ves cómo la voluntad, que hace su oficio estando en la ley del Señor, causa que el entendimiento medite en la ley del Señor de día y de noche; y que desto resulta lo que en otra parte dice el Espíritu Santo cuanto á la potencia de la memoria, prometiendo que «en la memoria eterna será el justo»? No puede la memoria alegar que el Espíritu Santo no la advirtió de su ocupacion. Ya dijo: «Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud.» Esto cuanto al alma. La Iglesia, viendo que se desentendia, por acordarla de sí, la dice: *Memento homo, quia pulvis es.* «Acuérdate, hombre, que eres polvo.» Si la memoria te acuerda de tu Criador, que la crió de ceniza á su semejanza, y de sí, que fué ceniza y la vive y lo será; y desto acuerda al entendimiento para que lo medite, y á la voluntad para que ame á su Criador y se tema y se desprecie á sí,—haciendo su oficio ocasionará que le hagan las demás potencias, y á ellas y á sí librarán de su invidia. Persuádate, hombre, que padeces en tí más invidias que en los otros, que no solo eres invidiado y invidioso, sino república de invidias, que no solo están cerca de tí y arrimadas á tu persona, sino en tu persona y dentro de tí mismo.

No lo hemos dicho todo. ¿Quién se persuadirá que se sirven los hombres de las propias virtudes para invidiar las virtudes á los hombres? Si los que lo hacen lo ignoran, verifiquemos esta malicia facinorosa, este sacrilegio enconado y cruel.

La misericordia es virtud muchas veces coronada, es merced enternecedora, es un amor materno; la más amantelada diligencia para el perdón, la medicina más eficaz y suave para nuestras dolencias, de quien nuestra voluntad usa sin consentimiento á veces de la justicia. Esta queremos todos para para los otros, y pocos para sí. Aquella queremos todos para nosotros mismos, y no para los demás. Atiende agora, ó tú (5) cualquiera, que pretendes informarte con útil verdad, á la sagacidad hipócrita con que el invidioso, enmascarado de piedad, viendo á su amigo en trabajo y pobreza, empieza la murmuracion invidiosa, por la aparente misericordia, diciendo: «El corazón me lastima ver á fulano pobre ó preso; porque aunque es verdad que se ha bebido su hacienda, ó cometido graves delitos viviendo perdidamente, es lástima verle en tanta miseria y aprieto y que no se haya sabido go-

(4) las otras dos (Todos los ejemplares.)
(5) que pretendes (S.)

bernar.» Y si ve en honra y prosperidad al que conoció en miseria, arrojándose de alabanzas caritativas, le lima la prosperidad y le mancha la honra, diciendo: «Grande virtud es la deste buen hombre, que siendo hijo de gente baja y vil, y no ayudado de partes personales, se ha hecho tan buen lugar con su industria.»

Y siendo esta invidia tan delgada, aun juega lances más sutiles, valiéndose de la caridad y de la limosna. ¡Oh incomparable maldad, hacer á la limosna, que es el precio de la gracia y de la salvacion, tramposa de la seguridad del alma, y á la caridad (corona y majestad y perfeccion de todas las virtudes, como enseña el Apóstol) libelo infamatorio del prójimo! Sabe el pobremente rico que su conocido, que es ricamente pobre, padece en secreto y con paz (1) tan dichosas como últimas calamidades. Hácese en contradicho con él en parte pública, donde la trompeta que Cristo nuestro Señor mandó que no tenga voz, tenga voz y auditorio; dale limosna, porque vean se la da, no por dársela; dícele sus miserias, porque las sepan los que no las saben. Con lo que le da, más lo afrenta que lo socorre. No le saca de pobreza, sino á la vergüenza.

Otro camino menos conocido y más dañoso frecuenta la invidia en los palacios y puestos. De las alabanzas mayores se vale para derribar á los mayores; zancadilla que los mal advertidos tienen por apoyo, y antes la agraden que la contrastan. Para malquistar á uno no hay invidia más bien lograda que alabarle mucho. Esta es invidia que engendra invidia: en los príncipes capital, en los demás sediciosa. Más privanzas han arruinado las alabanzas que las acusaciones. Quien alaba en presencia del rey á su valido, cuanto más lo alaba, lo contrasta más, porque produce la invidia donde no puede ser evitada, y la persecucion del alabado acredita su presuncion.

Los discípulos de la fortuna han aprendido otro género de invidia de sus locuras, más perniciosa y ejecutiva que las referidas. Esta es honrar, adelantar y enriquecer. ¡Oh gran Dios! ¡con cuánta sangre está formidable la experiencia de la invidia de la honra! La honra es la más poderosa municion de la invidia. No hay otro medio para librarse della, sino despreciarla. Muchos burlaron todas las diligencias de la invidia, que en (2) esta de ser honrados perdieron el seso, el entendimiento, la vida, y á veces el alma. La fortuna á cuantos da honras tiene invidia, á cuantos la niega tiene lástima. Pocos juicios hay á prueba de prosperidades. Hanse visto y se ven hombres en la pobreza ricos, en la persecucion alegres, y en el desprecio estimados; empero pocos se cuentan en la buena fortuna cuerdos. Conoció esta verdad Dario cuando, viéndose lleno de victorias y felicidades no esperadas, exclamó: «¡Oh fortuna! conténtate con darme un pequeño mal.» Conoció la treta, advirtió que (3) fortunarle era invidia, y no liberalidad. A los reyes más decente les es ser invidiados que invidiar. Han de temer siempre la invidia de la fortuna, y despreciar la de los hombres. La peor y más frecuente invidia que padecen algunos reyes, es la que se tienen ellos á sí propios. Desta pocas veces se libran, por-

(1) tan dichosa (S.)
(2) esto (Id.)
(3) fortunarle (Id.)

que ellos la solicitan, y todos se la fomentan y la facilitan y califican. A nadie duele sino es al bien público. Tal es la invidia que san Crisóstomo, declarando el texto sagrado de san Juan, dice: «El ojo del invidioso se derrite con tristeza. El invidioso vive muerte continua.» Y el gran padre san Agustín: «Aparte Dios la peste de la invidia de los ánimos de todos. La invidia es vicio diabólico, del cual es reo el demonio, y no solo es reo, sino reo sin disculpa. No fué condenado porque cometió adulterio, porque robó, porque usurpó la posesion á alguno, sino porque al hombre que estaba firme le invidió, luego que él cayó, su firmeza.»

Oigamos á Plutarco, porque oigan los redimidos con la sangre de Cristo cómo detestaron la invidia los idolátras. Dice que la invidia es solo vicio del hombre, de que no participan los animales brutos. Yo añado que esta verdad tiene excepcion en solo el perro, que á su modo padece invidia y es invidioso; lo que le pega la compañía de los hombres. Adviértase la descendencia y progenitores de la invidia. San Agustín dice que es vicio propio del demonio; Plutarco, que es solo y propio del hombre. La consideracion colige que al hombre se le pegó de tratar con el demonio, de oírle, de responderle. Es epidemia infernal la invidia, y contagio tan dañoso y veloz, que no solo conviene no ser invidioso, sino tambien no tratar con el que lo es; pues al hombre se derivó del comercio con el demonio, y al perro de la compañía del hombre. Por esto es tan meritorio padecer la invidia, como dañoso tenerla.

Rematen sagradamente mi antidoto á esta peste las soberanas plumas de san Agustín y de san Buenaventura. San Agustín en la enarracion al salm. 104 (4) § 17: «La invidia es tristeza de la felicidad ajena, y alegría en la ajena miseria.» Graduada queda de antípoda de la caridad. Prosigue san Buenaventura: «Lo tercero, la invidia es semejante al leproso, á Júdas el traidor y al demonio; porque el leproso no querria que nadie estuviese sano, y el diablo, que ninguno fuese bueno; por (5) que se dijo: La invidia del diablo introdujo en el mundo la muerte. Júdas se entristeció por la uncion del unguento en los piés de Cristo.» Y poco más abajo dice: «La invidia se compara á la nada, porque no se parece al Criador ni á las criaturas, y carece de todo bien criado.» ¿Quién sabrá ponderar el horror de los invidiosos, pues por serlo ellos todo, y que los otros sean nada, se hacen la nada ellos!

Tratando en presencia del rey Frederico los médicos de qué cosas aumentaban la vista, y (6) afirmando unos que la eufrasia, otros la celidonia, otros el hinojo; Aecio, sincero varon de raro ingenio y de alta nobleza, dijo: «La cosa que más aumenta la vista es la invidia.» Rieronse los filósofos, y Aecio los enmudeció diciendo: «¿Puedese negar que la invidia hace ver más altas, más numerosas y más llenas todas las cosas?» Toda es contrariedades la invidia: crece y aumenta (7) las cosas ajenas, y para deshacerlas las

(4) tomo 8: «La invidia (Los impresos.)
(5) lo que se dijo: (S.)
(6) afirmado (Z.)
(7) cosas (S.)

hace mayores, deshaciéndose á sí misma. Por esto la invidia es injustísima y justificada; injustísima, porque es molesta á todos los buenos y persecución á todos los bienes; justificada, porque carcome y atormenta á los que la tienen; es verdugo de sí para serlo de los otros. No hay dientes de fiera tan abominables ni dentadura asistida de tan buena vianda; no se (1) ven en ella sino sangre de virtuosos, pedazos de honras, desgarros y bocados de virtudes. Tal es, que el más sagrado mantenimiento la hace peor estómago, y (2) el bueno la enferma. Con felicidad la comparó (3) un poeta al Etna.

*Nihil aliud nisi se valet Aetna cremare :
Sic se non alios invidus ipse cremat.
Invidus invidia comburitur intus, et extra.*

No puede arder el Etna
Fuera de sí otra cosa;
Así la invidia á sí se quema sola,
Y no á los otros; arde el invidioso
Con la invidia interior y exteriormente.

No se contenta la invidia con ser mala en todo, en todos y en sí; también herética y condenada, se introduce en la predicación de Jesucristo crucificado. Esto enseña san Pablo (*Philippens.*, 1, v. 15.) *Quidam quidem et propter invidiam, et contentionem: quidam autem et propter bonam voluntatem Christum praedicat.* «Algunos por invidia y contención, algunos también por buena voluntad predicán á Cristo.» No pudo la invidia crecer más su insolencia. Dolorosamente se verifica este sacrilegio. Quien predica la doctrina evangélica de Cristo, profanándola con galas de elocuencia facinorosa, y la dispone al halago del oído doliente y no á la enmienda, este por invidia y contención predica á Cristo. Aquel que con espíritu esclavo y comprado, por adormecer la conciencia en (4) el poderoso, y arrullarle el sueño mortal en que yace sepultado, trastorna con palabras juglares el rigor de las sentencias sagradas, violenta con entendimiento tirano la verdad provechosa de los Padres: por contención é invidia predica á Cristo. Quien solo estudia lo que no ha de decir por no disgustar, y nunca estudia lo que debe decir por (5) guarecer, invidiosa predicación de las almas profesa. Quien pretende la mitra con la adulación de su doctrina, la invidia al martirio y al rigor apostólico que ella busca. Aquel monedero falso de textos, falsificador de doctrinas, que con novedades sediciosas viste la predicación de trajes idólatras y herejes, por contención é invidia predica á Cristo; comprendido es en

- (1) ve (S.)
(2) lo bueno la infama. Con felicidad (Z. B. F.)
(3) Horacio al Etna. (*Id.*—Cuerdamente se enmendó este pasaje en ediciones posteriores. Los versos no son de Horacio.)
(4) lo poderoso, (S.)
(5) agrandar, invidiosa (*Id.*)

la advertencia del Apóstol. Este postrero delito de la invidia es el más pernicioso; (6) yo acabo con él, porque él acaba con todo.

Y siendo tan varia, tan introducida, tan multiplicada la invidia, su remedio es uno, es fácil, es útil. ¿Quieres no ser invidioso? Pues ten tanto contentamiento de los bienes ajenos como de los propios; tanta misericordia de las calamidades de los otros como de las tuyas. ¿Qué cosa más fácil ni más útil que tener contento en lo que tienes y en lo que tienen los demás? ¿Qué cosa más fácil que persuadirte á tí la alegría que deseas? ¿Qué cosa más útil que no hacer verdugos de tus bienes los bienes de tus conocidos, hacer disculpa de los trabajos ajenos los propios, y (7) mérito de los propios los ajenos? Si estás contento con las felicidades de los otros, las haces tuyas; esto logro es. Si las invidias, haces malaventuradas tus dichas; lo que es miseria. Si miserable te alegras de la calamidad ajena, añades al ser miserable el merecerlo ser por delincuente. Si te apiadas, te acompañas, que es género de consuelo.

Afirmo con novedad católica que, reconociendo á la invidia por origen de todos los pecados, la suma bondad y inmensa sabiduría de Dios, con todos los preceptos del decálogo quiso que sus mandamientos uno por uno fuesen su medicina. (8) «Amar á Dios sobre todas las cosas» expresamente se opone á toda las cosas que son invidia de la gloria, y bienaventuranza que solo tienes en tu Criador, (9) y te quieren apartar del. «Amar al prójimo como á tí mismo» te estorba todas las invidias de hacienda, de honras, de puestos, de deleites, de venganzas, de adulaciones, de odios y de homicidios; de manera que los diez mandamientos de la ley de Dios son otras tantas medicinas preservativas desta peste mortal. Que sean remedios fáciles y suaves, como dije, conoceráslo en que en todos ellos se manda que hagas todo lo que para la salud y paz de tu cuerpo y alma desean todos los hombres. Y no hay, ni puede haber ninguno tan malo, que por su comodidad no desee que el otro no sea homicida, por asegurar su vida; que no sea ladrón, por asegurar sus bienes; que no sea lujurioso, por asegurar su familia; que no levante falsos testimonios, por asegurar su honra; que no mienta, por asegurar su noticia y su confianza. Pues dime, ¿á quién no es fácil y suave, si lo considera, ser como desea que sean todos? ¿Y (10) general cosa más injusta, que no querer por la invidia ser invidioso, queriendo que lo sean todos?

- (6) y acabo (S.)
(7) méritos (*Id.*)
(8) «Amarás (*Id.*)
(9) te quieren (Z. M. F.)
(10) en general (S.)

INGRATITUD.

SEGUNDA PESTE DEL MUNDO (a).

¿Cuál hombre escribirá contra la ingratitud, que acordándose de Dios no escriba contra sí propio? ¡Oh afrentosa culpa de la razón humana, que entre todas las criaturas, solo el hombre, que es la mejor, sea ingrata á Dios! Y no solo le es y fué ingrata como á Criador, sino aun más ensangrentada y cruelmente como á Redentor. Olvídele en la creación, despreciele en la redención; esle ingrato, con villanía sacrilega, en el sacramento que se llama bien de la gracia con el nombre de *Eucaristía*.

Que todas las otras criaturas á su modo y con su ser (digámoslo así) le sean agradecidas en todas (1) tres acciones, se ve en todas las edades de la vida del mundo. Los cielos siempre cuentan sus glorias, siempre le son obedientes: no se ha visto motín de alguna luz fija ó errante de los orbes; nunca discreparon de la luz que les puso quien las encendió en hermosura tan grande y tan admirable con su palabra. Si para que venciese su capitán, quiso que el monarca de los fuegos celestiales se parase, alargando la vida al día, luego clavó su inmensa velocidad en su obediencia. Si para señal de su promesa en Acáz, convino desandar sus jornadas irrevocables, luego se volvió los grados prelijos al oriente, repitiendo su infancia, haciendo desdeír de sus señales las sombras en el reloj del rey obstinado. Ya el fuego se fabricó en columna, y para encaminar el pueblo de Dios, substituyó el día en las tinieblas del desierto. El viento fué cazador de su mismo pueblo, lloviendo codornices. En el maná (2) guiso á las condutas de Moisés en un manjar todos los (3) sabores. Las peñas al golpe de su vara se derritieron líquidas en fuentes; las aguas en el mar arrollaron sus olas en pretiles diáfanos, y enjugaron en vereda sus golfos.

Tal reconocimiento tuvieron en el Viejo Testamento; y en el Nuevo se encendieron en (4) las finezas. El cielo llovió coros de ángeles sobre el pesebre de Cristo. Despachó estrella nunca vista ni ocupada en humano ministerio, á conducir los reyes y los misteriosos tesoros. El agua en las bodas (5) del Arquitrículo volvió en vendimias los cántaros, mudándolos en vino. El mar pacificó con su palabra sus borrascas, y á sus piés se fijó en llanura. La muerte aprendió á restituir sus despojos por su mandamiento. La enfermedad en su palabra no aguardó la solicitud de otra medicina. La salud se introducía en la desesperación de las dolencias; del (6) ruego de su vestidura sacaba el tacto remedio. El agua destilada en lá-

(a) Estaba ya escrito en 4 de febrero de 1656, hallándose el autor en su Torre de Juan Abad, según carta de esta fecha, que puede verse en el *Epistolario*.

- (1) sus acciones, (S.)
(2) guiso (Z. B.)—guiso (S.)
(3) sinsabores, (S.)
(4) finezas, (S.)
(5) de Arquitrículo (Z. B. F.)
(6) ruido (F. S.)

grimas renovó las almas. Los demonios (7) le confesaron, vencidos. Sus palabras militaron en el prendimiento. En su muerte el aire clamó con suspiros; el día en su juventud se vió noche; el sol se ennegreció con luto, en que no tuvo parte la luna; la tierra, con el terremoto, arrojó de los sepuleros sus muertos y rasgó en (8) sepuleros los montes; las piedras batallaron hasta romperse unas con otras. Y todas estas demostraciones de agradecimiento irracional hicieron por la ingratitud que cometa el hombre con el Señor que le crió para señor de todas ellas y que murió por él.

Pues en el tercero beneficio del Santísimo Sacramento, no fué menor sino más misterioso el agradecimiento de las criaturas. El pan dejó de ser, y sus accidentes se mantuvieron sin substancia de pan, calificados en velo del cuerpo verdadero de Cristo. El vino, en competencia del agua, que en el convite de Caná se volvió en vino, en este se vuelve en sangre. La ausencia perdió sus distancias y apartamiento, quedándose el mismo que se iba. ¿Qué hizo el hombre? Júdas lo dirá, que le comulgó para venderle; que habiéndosele entrado Satanás en el corazón, se atrevió á recibirle en su boca. Todas estas maravillas y demostraciones son dura reprehensión para el hombre, y rigurosa advertencia de que entre todas las criaturas, quien menos debía ser ingrato á Dios, le es ingrato solamente.

He querido empezar antes por la doctrina que por la definición del desagradecimiento. No es menester definir lo que todos somos cada instante, mas por cumplir con el orden dialéctico, lo definiré. Ingrato es quien no conoce el beneficio que recibe, quien le desprecia, quien le olvida, quien le acusa: por todas estas cosas es un hombre ingrato. Lilio Gregorio (9) Giraldo, ferrariense, hombre docto, en su libro, que intitula *Contra los ingratos*, dice (b): «El cual vicio, porque le juzgaron execrable y abominable aquellos nuestros antiguos

(7) se confesaron vencidos. (F. S.)

(8) los sepuleros (S.)

(9) Rinaldo (Z. B. S.)

(b) *Lilii Gregorii Gyraldi Ferr. Liber adversus Ingratos, in quo multiplices Ingrati criminis radices conuelluntur, variisque tum historiis, tum Naturae exemplis Ingrati refelluntur. — Ejusdem Libellus Quomodo quis Ingrati nomen et crimen effugere possit. — Florentiae Excudebat Laurentius Torrentinus. (1548, en 8.)*

Giraldo, sábio profundo y latino poeta, nació, de padres honrados aunque pobres, en Ferrara, á 14 de junio de 1479. Hizo tales progresos en las lenguas griega y latina, en matemáticas y derecho, que se ganó la estimación de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII, bien que no obtuvo nunca mayor dignidad que la de protonotario apostólico. En el saqueo de Roma (1527) perdió sus bienes y su rica biblioteca; y su genio, la fortuna y la injusticia se extremaron desde entonces en combatir su espíritu con mil géneros de trastornos y amarguras. Al fin se retiró á su patria, donde con la amistad de Calcagnini y del sábio médico Manardi, junto con la protección de nobles caballeros, se libró de la indignidad. Tuvo una cátedra en aquella universidad, y murió de la gota en 1552.